

### 3.- Mutaciones corporales. A propósito de las tesis de Judith Butler

Elvira Burgos Díaz  
Universidad de Zaragoza

Un potente discurso sobre el modo de la configuración de la identidad personal, sobre el modo de pensar y vivir el cuerpo, su sexo y su género, es, sin duda, en nuestros días y dentro del ámbito cultural occidental, el que tiene por autora a la filósofa norteamericana Judith Butler. Pensamos que sus elaboradas e innovadoras tesis pueden ayudarnos a enfocar de una inusual manera, mas no por ello en absoluto desdeñable, el movimiento hacia las mutaciones de los cuerpos algunas de las cuales, y no pocas, utilizan el instrumento del sometimiento a la intervención tecnológica. Tal es el propósito que anima este trabajo que presentamos a continuación.

En la obra de Butler, publicada por primera vez en 1990, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*,<sup>1</sup> por la que la autora ha llegado a ser internacionalmente conocida y reconocida, la cuestión del sexo y del género en relación con los mecanismos culturales a partir de los cuales se *fabrica* la identidad de las personas, es el tema central que se somete a problematización. Late en este libro un certero impulso hacia la desnaturalización de nociones nucleares como las de sexo, cuerpo, deseo, sexualidad, con las que la tradición hegemónica de pensamiento occidental y también ciertas líneas del pensar feminista —el feminismo francés de la diferencia sexual, en particular—, han querido dotar de fundamento firme al proceso de adquisición de la identidad. De ahí que el pensamiento de Butler intente un desplazamiento transformador tanto del canónico pensamiento occidental como de categorías principales de uso corriente en las teorías feministas de dimensión esencialista. Es por ello, pues, que nos atrevemos a insistir en que el planteamiento butleriano, filosófico y feminista, nos muestra un camino *inusual* de reflexión. Simone de Beauvoir<sup>2</sup> con su formulación de la sentencia “no se nace mujer sino que se llega a serlo”, en la que el feminismo posterior encuentra la fuente fructífera para encuadrar al género como constructo sociocultural, es autora de la que Butler extrae muchas útiles observaciones, sobre todo el hecho de que posibilita la desconexión del sexo, como realidad fáctica inmutable, del género, como rasgo variable y adquirido. Al mismo tiempo, Butler se aleja de Beauvoir fundamentalmente en cuanto detecta en su proyecto existencial de libertad cierta presencia, aunque débil, de la noción cartesiana de sujeto. Monique Wittig es también pensadora con la que Butler dialoga, ya que Wittig proclama con

<sup>1</sup> Judith Butler, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, New York and London, Routledge, 1990. Traducido al castellano como *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, Paidós, 2001.

<sup>2</sup> Véase, Judith Butler, “Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault”, en Seyla Benhabib y Drucilla Cornell, *Teoría feminista y teoría crítica*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1990 (la edición original del texto de Butler es de 1987).

insistencia la idea de la no naturalidad del sexo sugiriendo la falta de distinción entre sexo y género. Sin embargo, la apuesta de Wittig por trascender la marca del sexo, por un ir más allá del sexo hacia un algo como dato previo al entramado cultural —una especie de humanidad natural no sexualizada, de realidad ontológica anterior al ser sexuado—, es la opción que Butler va explícitamente a desbaratar detectando en Wittig la apertura hacia un nuevo tipo de humanismo. En los trabajos de Foucault sobre el poder, sobre el sexo y la sexualidad, Butler halla una cercanía intelectual que también es, no obstante, continuamente revisada, al tiempo que muestra su destreza en aplicar estrategias de aliento foucaultiano a temas sin embargo por él intratados o apenas esbozados —como es, en efecto, el minucioso rastreo del concreto proceso de la producción de la dualidad de géneros; lo femenino, lo masculino—.

En el texto de Foucault “El sexo verdadero” al que Butler le dedica una sobresaliente atención en *El género en disputa*, se expone de un modo ejemplar por su claridad enunciativa la tesis de que nuestra cultura se muestra empeñada sobre todo desde la modernidad en localizar nuestra verdad de seres humanos, esto es, nuestra genuina identidad personal, en el lugar de nuestro sexo, de aquello que es como una marca natural que nos gobierna en la totalidad de nuestro ser humano: “se admite también que es en el terreno del sexo donde hay que buscar las verdades más secretas y profundas del individuo; que es allí donde se descubre mejor lo que somos y lo que nos determina. Y si durante siglos se ha creído necesario ocultar las cosas del sexo porque resultaban vergonzantes, ahora se sabe que es precisamente en el sexo donde se ocultan las partes más secretas del individuo: la estructura de sus fantasmas, las raíces de su yo, las formas de su relación con lo real. En el fondo del sexo, la verdad”.<sup>3</sup> Esta suerte de compulsión cultural por enlazar férreamente sexo y verdad, junto con su corolario de imposibilitar la legibilidad ontológica y social del ser comúnmente llamado hermafrodita, fue lo que, según nos narra Foucault en su análisis de las memorias de Herculine, llevó a la persona real denominada Herculine a una existencia hasta tal punto invivible que la empujó al suicidio. Esto que ocurriera en el siglo XIX, quizá, nos preguntamos, intentan evitar en nuestros días las personas intersexo —por utilizar un lenguaje más actual— y las transexuales, por otra parte, que se representan esperanzadas las tecnologías quirúrgicas cual instrumentos amigables posibilitadores de una real inteligibilidad humana de carácter tanto íntimo como social. Volveremos a ello más adelante.

Butler valora del texto de Foucault sobre Herculine su puesta en evidencia de la concreta e interesada lógica de poder que está animando el espeso entramado discursivo que aún íntimamente el sexo y la verdad y que tiene claras consecuencias sobre las vidas de las personas singulares. Pero Butler denuncia así mismo la implícita contradicción que yace en el texto de Foucault. En su *Historia de la sexualidad* Foucault nos había encaminado hacia una intelección de la sexualidad saturada de poder, lo que supone un claro rechazo de las teorías emancipadoras que postulan el ideal de una sexualidad anterior o posterior a la ley. Mas, he aquí que en su matizada lectura de los trabajos de Foucault, Butler halla un mantenimiento implícito, no reconocido en Foucault, del ideal emancipador. Ya en el primer volumen de *Historia de la sexualidad* aparece una

<sup>3</sup> Michel Foucault, “El sexo verdadero”, en Michel Foucault (ed.), *Herculine Barbin, llamada Alexina B.*, Madrid, Editorial Revolución, 1985, p. 15.

tensión irresuelta, pero sobre todo en su escrito sobre Herculine, “El sexo verdadero”; mientras se defiende la inevitabilidad del carácter reglamentador de la categoría de sexo dentro de un régimen de poder-conocimiento, se sugiere la posibilidad de la existencia de un estado vivencial anterior al ejercicio de los dispositivos del sexo y de la sexualidad. Ello se observa por mediación de la evocación foucaultiana de los “bucólicos” e “inocentes” recuerdos de Herculine cuando parecía habitar en un feliz estado de “no identidad”.<sup>4</sup> Dice Butler: “Por una parte, Foucault quiere afirmar que no hay “sexo” en sí que no esté producido por interacciones complejas de discurso y poder; sin embargo, sí parece haber una “multiplicidad de placeres” en sí que no es el efecto de ningún intercambio específico de discurso/poder. En otras palabras, Foucault apela a un tropo de multiplicidad libidinal prediscursiva que efectivamente presupone una sexualidad “antes de la ley”; de hecho, una sexualidad que espera su emancipación de los grilletes del “sexo””.<sup>5</sup> De este modo, el análisis de Butler va dando voz a su propia interpretación a partir del desmenzamiento de las tesis formuladas por Foucault; una opción interpretativa la de Butler que se mantiene como su lugar más fructífero en el rechazo del recurso a postular un ámbito, un orden otro, anterior o posterior, al tejido de lo discursivo-cultural. Antes que buscar el dato de una genuina identidad o de una placentera no identidad, la labor butleriana halla su fuerza en la insistencia en la permanente problematización de la categoría de identidad en todas sus formas. Su interés es, dicho de otro modo, perseguir críticamente los mecanismos concretos mediante los que se construye la noción de identidad de género, y con la vista puesta en el movimiento hacia la acción de la subversión de la identidad de género; hacia la acción subversiva que Butler recoge bajo el término *resignificación* indicando así que la posibilidad misma de la acción del sujeto no halla un anclaje más que en el mismo campo discursivo de generación del sujeto, ya que la determinación discursiva del sujeto no supone la cancelación de su posibilidad de acción.

En su famoso estudio “El tráfico de mujeres: notas sobre “la economía política” del sexo”,<sup>6</sup> Gayle Rubin ya dejó dicho que la sexualidad es un producto de la actividad humana que se elabora mediante un conjunto de disposiciones que Rubin denominó el “sistema de sexo/género”. Más allá de esta certera puntualización de Rubin, Butler retoma, reformula y amplía el lúcido trabajo foucaultiano de inversión. En su texto significativamente titulado “Las inversiones sexuales”,<sup>7</sup> nos detalla Butler cómo mientras el sentir mayoritario considera que el sexo es anterior a la sexualidad, que el sexo es el punto originario y determinante de la práctica sexual, Foucault lleva a cabo un minucioso análisis que nos orienta en la dirección en la que son los múltiples y diferentes dispositivos de la sexualidad los que desembocan en la producción de la idea de sexo. Foucault invierte la relación entre sexo y sexualidad. Mediante la sexualidad, entendida como un régimen regulador, los cuerpos se nos representan como ocupados por un principio de identidad: el sexo. Un principio de identidad que, no se olvide, necesariamente ha de ser o femenino

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>5</sup> Judith Butler, *El género en disputa*, op. cit., p. 129.

<sup>6</sup> Gayle Rubin, “El tráfico de mujeres: notas sobre “la economía política” del sexo”, en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa-P.U.E.G., 1996, p. 37. La edición original del texto de Rubin es de 1975.

<sup>7</sup> Judith Butler, “Las inversiones sexuales”, en Ricardo Llamas (comp.), *Construyendo Identidades. Estudios desde el corazón de una pandemia*, Madrid, Siglo XXI, 1995. El texto de Butler se publicó originariamente en 1992.

o masculino, que no puede no ser ni masculino ni femenino, que tampoco puede ser femenino y masculino al mismo tiempo. Entendemos, entonces, a partir de Butler, que nuestra cultura disciplina a las personas diseñando el tejido corporal que habrá de valer como legítimo a la vez que en la misma operación expulsa en cuanto abyecto el rostro corpóreo que se dice incoherente, inestable, no inmediatamente identificable con lo estipulado como propio del sexo femenino o del sexo masculino.

En el lenguaje de Butler, el sexo, la sexualidad, el género no son elementos que puedan ser pensados en su aislamiento. En su propuesta, la distinción entre sexo y género es inoperante, no es una adecuada distinción en cuanto que el sexo nombra un complejo y móvil mecanismo cultural a través del cual se producen como efectos nociones como sujeto, yo, psique, identidad sexual, identidad de género. Este mismo trabajo de lo cultural es el que desplaza lo que ha producido como efecto hacia el lugar de la causa originaria y determinante. De este modo se legitima con el valor de verdad natural lo que no es más que una determinada y concreta opción cultural—aquí la genealogía butleriana anuncia su deuda con Nietzsche—: esto es, se naturaliza la idea de que sólo hay dos sexos y en consecuencia dos géneros o modos legítimos de vivir el propio cuerpo, su sexualidad, su placer, su deseo. Mas, el afirmar que el sexo es un imaginario lugar de uniforme identidad, no significa, obviamente, que la categoría de sexo no ejerza un intenso e incisivo poder sobre las personas. Justo el poder del sexo se manifiesta en los ejemplos como los de Herculine o en los de aquellos individuos que en nuestros días consideran necesario y urgente en sus vidas corregir sus órganos, bien para que exhiban las formas asignadas a un sólo sexo (el caso de las intervenciones mutiladoras de las personas intersexo cuya imperiosa necesidad de ejecución procede sobre todo de la clase médica antes que de los propios individuos intervenidos), bien para que su físico visualice la coherencia de sexo y género que la cultura nos impone conseguir pertinazmente; algo de esta índole pensamos debe acontecer cuando algunas personas dicen que su cuerpo no corresponde a su verdadero sexo, que su sexo está como atrapado en un cuerpo que no le pertenece. En este último caso, se entiende que aquello que se nombra como sexo verdadero no son los genitales visibles con los que se ha nacido sino como una especie de yo o de alma interior que detenta el signo de lo auténtico y que sería lo que supuestamente justificaría los deseos, placeres y sexualidades.

Argumentar que el sexo es a la postre género, que el género no se sustenta en una previa identidad de carácter ontológico y natural, no conlleva que Butler defienda contra las constrictivas imposiciones de género una línea de fuga cual vía de transcendencia del poder y de la presión de su ley—como apuntamos que sugieren por caminos distintos Wittig y Foucault—. El interés de Butler por presentar el proceso a través del cual se produce la adquisición de la identidad de género es a la vez un interés por mostrar el modo de subversión de la identidad de género en el mismo movimiento de su configuración. Así las cosas, antes que ser posible la eliminación del poder nos encontramos con que la posibilidad viable es la de su móvil desplazamiento. Asumir una identidad de género no es algo que suceda en un momento y de una vez por todas para el resto de la vida. Asumir una identidad de género es llevar a cabo un incesante e inacabado proceso de imitación repetitiva que nunca logra un resultado compacto, estable y coherente, lo que se hace claro en el mismo hecho de la compulsiva necesidad de repetir que configura a las personas. Aquellos gestos, el estilo corporal que se imita—que por cierto teatralizan

individuos de diferentes géneros como son nuestras madres, nuestros padres, hermanas, hermanos—, las palabras y contextos discursivos que se repiten como medio formador de la identidad, son arbitrarios y contingentes. Lo que se imita no es un original de significado pleno y fundador, sino un ideal *fantasmático* que por ello es imposible de realizar en último término. En este sentido, es muy esclarecedor el análisis que Butler realiza en “Imitación e insubordinación de género”<sup>8</sup> al respecto de la idea común de que la homosexualidad se halla en relación de dependencia de la heterosexualidad como la copia del original. Ahí Butler argumenta con finura sobre cómo es la noción de original la que se apoya en la previa noción de copia en tanto que es la copia la que reclama al original como sustento legitimador. De este modo, Butler efectúa un tal transformador desplazamiento de los términos, donde la homosexualidad resultaría ser precondition de la heterosexualidad, que evidencia la problematicidad de las categorías de original y copia, su falta de operatividad, su inutilidad para el análisis.

Sin embargo, si enfocamos esa suerte de *malestar* que implica el trabajo de la persecución de una identidad, siempre vulnerable, que nunca logrará su efectivo y definitivo cumplimiento, desde el ángulo donde la identidad se entiende como una práctica que significa, llegaremos al punto en el que se nos muestra la positiva posibilidad de la acción del sujeto y de su acción subversiva. Para Butler, que tiene presente aquí las elaboraciones conceptuales de Derrida, es el modo de funcionamiento del proceso de significación el que conlleva la capacidad de acción del sujeto. “En cierto sentido —afirma Butler— toda significación se da dentro de la órbita de la obligación de repetir; la “capacidad de acción”, pues, es estar situado dentro de la posibilidad de variar esa repetición”.<sup>9</sup> Como nunca, según dijimos, se llega a ser un género determinado, como el intento de ser un género determinado fracasa, entonces, justo en ese ámbito de la práctica de significación repetitiva se hace posible la subversión de las identidades de género dicotómicas hacia las que nos empujan los discursos hegemónicos. Estos discursos hegemónicos, cierto, producen unos efectos substancializadores pero que, en cuanto tales efectos, son susceptibles de modificación. Problematicada, desnaturalizada de este modo la categoría de identidad, “la tarea —prosigue Butler— no es saber si hay que repetir, sino cómo repetir o, de hecho, repetir y, mediante una proliferación radical de género, *desplazar* las mismas normas de género que permiten la propia repetición”.<sup>10</sup>

Tras este necesariamente breve esbozo de las tesis maestras de Butler al respecto de la identidad de género, nos seguimos preguntando de qué modo su óptica de análisis puede proyectar una perspectiva de intelección sobre el uso —abuso— de determinadas tecnologías corporales. Los planteamientos de Butler insisten en denunciar cómo los mecanismos discursivos-culturales, actuando del modo que hemos apuntado, establecen a los sujetos o bien como socialmente inteligibles o bien como socialmente ininteligibles. Los primeros son propiamente los que integran la categoría de lo humano; son aquellos a los que se les permite vivir en cuanto mujeres o en cuanto hombres, cuyos sexos se dice ser estables y así también sus sexualizados cuerpos que practican la única forma legítima de intercambio sexual, la heterosexual. Los segundos, son los desposeídos de la condición de lo humano

<sup>8</sup> Judith Butler, “Imitación e insubordinación de género”, en *Revista de Occidente*, n° 235, diciembre de 2000, pp. 85-109. Partes de este trabajo fueron elaboradas ya en 1989.

<sup>9</sup> Judith Butler, *El género en disputa*, op. cit., p. 176.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 179.

y, en este sentido, ellos son los que quedan excluidos del ámbito de lo discursivo, social y cultural; y más aún, en cuanto que explícitamente Butler afirma la no pertinencia de la distinción entre lo material y lo cultural, dichos sujetos quedan excluidos de la vida misma. De acuerdo con ello, pensamos que es útil considerar a las dicotómicas y férreas normas de género hegemónicas en la cultura occidental como importantes elementos motivadores de la violencia de género. Esa tarea subversiva que Butler nos propone como modo de desplazamiento de las normas de género sería así un camino propicio para el debilitamiento de la violencia de género. Ahora bien, es importante que precisemos que aquí estamos usando la expresión violencia de género de un modo ampliado en relación con el significado que ha llegado a ser más común en nuestros días. Violencia de género no es sólo la ejercida sobre las mujeres. Violencia de género nombra el ejercicio mediante el que las personas, sea cual sea su identidad de género, se nos representan como ininteligibles, como no humanas, como dignas de ser eliminadas o como necesitadas de manipulaciones corporales. La incoherencia de género, que en definitiva nos habita a todos los sujetos, es leída en determinados cuerpos de un modo más peligroso; más peligroso porque precisamente en el acto de ponernos ante la vista esos cuerpos otras posibilidades de identidad de género, que exceden la norma dualista, reflejan de algún modo nuestras propias incoherencias cuestionando al tiempo la legitimidad de nuestras normativas identidades de género. Así, amparados en la ley cultural, los individuos intersexo son sometidos a encierros y a intervenciones que producen unas mutaciones en sus cuerpos, en sus mentes, con las que en ocasiones no pueden continuar viviendo. Por otro lado, los transexuales, de un modo aparentemente voluntario, querido, deseado, dejan atravesar sus cuerpos por instrumentos quirúrgicos y por sofisticados implantes, además de por toda suerte de fármacos, con el anhelo de lograr su aceptación en el recinto de la coherencia de lo humano. No en vano conocemos por extenso las múltiples ocasiones en las que son objeto de crueles agresiones travestis, homosexuales, y otros tipos de identidades —entre ellas la identidad *queer* magistralmente ejemplificada, en nuestra opinión, en la figura protagonista de la película *Boys don't cry*, individuo que por no ser culturalmente reconocido ni como mujer ni como hombre (a pesar de exhibir claros genitales femeninos) es finalmente violado y asesinado—. Nuestra sociedad está llegando a ser más permisiva, más tolerante con los transexuales precisamente porque estas personas no hacen de la incoherencia de género algo inmediatamente visible o, al menos, no muestran la incoherencia como un valor más entre otros, merecedor de la existencia. Por lo tanto, antes que arrojar nuestra crítica contra el poder de la tecnología con el argumento de que produce mutaciones en lo en sí natural, podríamos dirigir nuestra atención reflexiva hacia cómo la tecnología está en la actualidad usándose en parte al servicio de nuestros modos predominantes, modos restrictivos, de definir lo humano en su diferenciación de lo no humano. De este modo, hemos aprendido con Butler que, aunque ello suponga aceptar vivir en la pérdida de nuestras seguridades ontológicas y epistemológicas, es nuestro concepto de lo humano, atravesado siempre por nuestras normas de género, lo que ha de someterse a una constante y crítica resignificación en la promesa de un mundo menos violento.